

el cuidado de la verdad*

michel foucault

Traducción de Luis Alfonso Paláu **

Con un desapego señorial, Philippe Ariés quien acaba de morir a los sesenta y nueve años, nos hizo el regalo imprevisto de una mirada nueva.

Se lo había podido ver durante mucho tiempo cerca de la glorieta Bugeaud, en un antiguo palacio particular que una administración con sigla enigmática había transformado en oficinas. Tengo el recuerdo —¿pero es exacto?— de una gran pieza de entabladuras oscuras; parecía haber sido retenida por un momento en la pendiente de su invencible historia por el genio del lugar; él le había conservado algo del salón que había sido; su obscuridad se parecía a la sombra de una biblioteca.

Philippe Ariés era un hombre al que habría sido difícil no amar; iba a la misa de su parroquia pero cuidando en ponerse tapones en las orejas para no tener que afrontar las chocarrerías de mal gusto litúrgicas del Vaticano II. Su familia, venida de Martinica, era Maurrasiana pero se deslomaba por convencer a Daudet (que no escuchaba) de que Saint-John Perse no era un negro. Un universitario patentado al que se le preguntaba cuál era pues este historiador singular y qué crédito se le podía acordar, puso fin a la curiosidad de su interlocutor y a su eventual benevolencia con una respuesta al estilo Sorbona de antes de la guerra: **“Es alguien que debe tener fortuna”**. De hecho Ariés tenía

* Traducido de *Le Nouvel Observateur* N° 1006 del 17 al 23 de febrero de 1984.

** El traductor es Profesor Asociado en la Universidad Nacional, Sede de Medellín.

elegancia, elegancia moral e intelectual, lo que es claramente una muy rara fortuna.

Los tontos —quiero decir el Sr. Laurence Stone— creían develar su secreto recordando que él era de derecha, que seguía siendo tradicionalista, que había sido de Acción francesa y que, por un tiempo, había estado del lado de Vichy. Otros, más malignos, pensaban que su sufrimiento era el ser un historiador aficionado, obligado a seguirlo siendo por un oficio constriñente, y ansioso de verse por fin reconocido por la institución. Yo creo que lo esencial estaba en otra parte: como para casi todo el mundo su secreto estaba en el centro de su vida y en su parte más visible. Durante treinta años. Philippe Ariés ejerció un oficio que le apasionaba y que lo colocaba en una encrucijada de la modernidad: ha tenido que ocuparse del desarrollo agrícola en países en otro tiempo coloniales, ha tenido que organizar un centro de documentación y fue uno de los primeros en aplicar allí la revolución informática; recorrió el mundo y se encontró con esos grandes tecnócratas internacionales cuyas decisiones, a veces, hacen vivir o morir, salvan o matan de hambre a trozos enteros de población.

ATENTO AL GESTO MUDO

“**Historiador de domingo**” como él mismo lo decía. Pero son esas actividades profesionales y su semana bien ocupada las que han animado sus fines de semana de historiador. La experiencia directa de una modernidad planetaria y técnica había tomado en él el relevo de una sensibilidad nunca renegada, nunca borrada: la de un burgués de provincia. Su práctica profesional le permitió llevar a la dimensión de una interrogación histórica general un malestar característico del medio del que venía: la dificultad en poner de acuerdo los valores y las normas de un modo de vida con el desarrollo de las ra-

cionalidades técnicas. Ello le conducía a plantear problemas que no estaban muy alejados de los de Max Weber (a quien no conocía pero al que no tomaba por Spengler, como lo hacen algunos ignorantes).

Max Weber se interesaba ante todo por las conductas económicas; Ariés por las conductas que conciernen a la vida. Seguro que él no ha tenido que descubrir la importancia de los procesos biológicos en la historia, pero vio que la vida y la muerte no están presentes, en el devenir de los hombres, a causa solamente de sus efectos sobre la especie; actúan también a través de las actitudes que la sociedad, los grupos y los individuos pueden tomar a su respecto. Nacer, crecer, morir, estar enfermo: cosas tan simples y tan constantes aparentemente. Pero los hombres han desarrollado con respecto a ellas actitudes completas y cambiantes que no modifican solamente el sentido que se les da sino también a veces las consecuencias que ellas pueden tener. Ariés imaginó hacer el análisis de esas figuras complejas que dan forma, en la cultura humana, a lo elemental de la vida.

Ora estudió los hechos demográficos, no como el telón de fondo biológico de una sociedad sino como una manera de comportarse con respecto a sí mismo, a su descendencia y al porvenir; ora después la infancia, que era para él una figura de la vida que recortan, valorizan y educan la actitud y la sensibilidad del mundo adulto; ora finalmente la muerte, plazo universal que los hombres ritualizan, ponen en escena, exaltan y a veces, como hoy, neutralizan y anulan. “**Historia de las mentalidades**”, él mismo empleó la expresión. Pero es suficiente con leer sus libros: él ha hecho más bien una “historia de las prácticas”, de aquellas que tienen las formas de hábitos humildes y obstinados, como de aquellas que pueden crear un arte suntuoso; y ha buscado desentrañar la actitud, la manera de hacer o de ser, de actuar y de sentir que podían estar en la raíz de unas y de otras. Atento al gesto mudo que se perpetúa durante milenios

tanto como a la obra singular que duerme en un museo, fundó el principio de una “estilística de la existencia”, quiero decir de un estudio de las formas por las cuales el hombre se manifiesta, se inventa, se olvida o se niega en su fatalidad de ser viviente y mortal.

UNA FIDELIDAD INVENTIVA

A Ariés le gustaba cantar las batallas de ideas de antes de la guerra donde había formado su juventud pugnaz. Decía que había tenido que escoger entre dos maneras de pensar. Una “de derecha”: allí se confiaba en la continuidad de una nación para no inquietarse por los efectos que podían producir en ella los progresos de la técnica y de la racionalización. La otra era “de izquierda”: confiaba bastante en el progreso como para esperar pacientemente los efectos necesarios o útiles. Ariés había optado pues por la primera. Pero las razones de su escogencia —su adhesión a un estilo, a valores, a un modo de vida— lo había conducido rápidamente a reconocer allí postulados muy próximos de aquellos de los adversarios.

Y a ese pensamiento del cual había salido terminó por propinarle algunas heridas graves que determinados amigos difícilmente le han perdonado. En efecto, ¿cómo, cuando se quiere con la tradición monarquista establecer la gran continuidad

de una nación, admitir esas discontinuidades profundas que marcan, a menudo silenciosamente, la sensibilidad y las actitudes de toda una sociedad? ¿Cómo concederle una importancia mayor a las estructuras políticas si se hace pasar la historia por gestos oscuros que grupos, a menudo mal definidos, mantienen o modifican? A toda una derecha le quedaba difícil reconocerse aquí. Una cierta manera de ver y de amar, su tradición le había permitido descubrir otra historia a este tradicionalista.

Y con esa generosidad, esa ironía, ese desprendimiento de señor que se escuchaban juntos en su risa, hacía a la otra historia, la de los historiadores universitarios que por su lado lo habían cuidadosamente despreciado, el regalo imprevisto de esa mirada nueva.

Todos estamos cansados de esos conversos del marxismo que cambian estrepitosamente sus principios y sus valores fundamentales, pero que en el “Figaro” de hoy piensan tan cortamente como en “La Nouvelle Critique” de ayer. Por el contrario, Ariés tenía la fidelidad inventiva: era su moral intelectual. A su trabajo le debemos todos enormemente. Pero, para pagar la deuda personal que tengo con él me gustaría que fuese preservado el ejemplo de este hombre que sabía elaborar sus fidelidades, reflexionar de otra manera sus escogencias permanentes y esforzarse, con una tenacidad estudiosa, por cambiarse a sí mismo a causa del cuidado de la verdad.